Ángel

Carmen Suero

ÁNGEL

Carmen Suero

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
© Carmen Suero, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 9791388449253
THEMA: FBA
DEPOSITO LEGAL: M-21558-2026

Dedicado

A la vida,
a lo que no entiendo,
a lo que en mí me guía.

Con agradecimientos

A Manu, Víctor y Anna,
mis pilares.

A Carmen, Ángel y Miguel,
mis cimientos.

A familiares y amistades,
mis estancias.

A Avant Editorial,
por abrir la puerta
de esta cuarta novela.

Y a ti, por entrar.

PARTE I

LA ESENCIA INSISTE EN LIBERARSE

I

UN DÍA CUALQUIERA

Ya hacía unos días que Javier estaba de vacaciones cuando ese lunes, día 1 de julio, una aparente nimia conversación con su hijo y una particular carta en el buzón encenderían la mecha de su olvidado sueño.

Sandro se despertó antes que él, y fue a su cama para anunciarle que estaba muy nublado y que no podrían ir a la playa, como habían planeado.

—¡Papi, papi! Hoy no hay sol, no podemos ir a la playa, va a llover.

—Está nublado y el sol no se ve, pero está detrás de las nubes, aunque no lo veamos. —Sandro, algo contrariado por el fracaso de sus planes, lo miraba interrogante durante la breve pausa que Javier se tomó antes de continuar—. Así pasa con los sueños: a veces no podemos verlos, no sabemos cómo alcanzarlos, pero lo importante es creer en ellos y encontrar el modo de despejar el cielo para llegar. —Acabó su frase extrañado de sí mismo y de semejante afirmación. Sandro era un niño listo y muy comprensivo, y enseguida encontró el modo de seguirle el hilo.

—¿Sabes qué he soñado hoy?

—No me refiero a esos sueños —sonrió Javier—, pero ¿qué has soñado? —Lo miró con atención. El niño hizo un gesto de desconcierto antes de contestarle.

—Que mamá estaba con nosotros, en un pícnic como aquellos que solíamos hacer, pero de repente salía una hormiga gigante que nos quería comer, y nos levantamos para salir corriendo. Tú me cogiste de la mano para ayudarme, y quisiste coger también la de mamá, pero ella se fue por otro lado sin mirarnos, solo buscaba salvarse sin importarle lo que nos pasara a nosotros. Era más largo, pero solo me acuerdo de eso.

—Sandro, mamá te quería mucho; nunca habría dejado que una hormiga gigante te comiera —le dijo Javier a su hijo mientras le daba un tierno abrazo.

—Y ¿por qué se marchó hace dos años sin decirme nada?

—Dormías. No quiso despertarte, pero fue a verte y a darte un beso, como cada noche antes de salir para ir a trabajar. Por la mañana iba a llevarte al colegio. —Se quedaron los dos tristes y pensativos.

—Papá, ¿cuáles son esos sueños que dices? ¿Tú tienes alguno? Yo solo tengo los que se me hacen cuando duermo.

—Cariño, los sueños de los que hablo se tienen cuando estamos despiertos, y suele ser uno, siempre el mismo, aunque pueda imaginarse de diferentes maneras.

—Yo no sé soñar despierto, ¿me enseñas?

—Eso es algo que no se aprende, se siente. Lo que sí se puede aprender es a darse cuenta realmente de lo que uno siente. Por ejemplo, a ti ¿qué te gusta mucho hacer?

—Ir a la playa y a la piscina, me gusta mucho estar en el agua —dijo Sandro con una sonrisa pícara.

—Pues imagínate que tú quisieras aprender a nadar muy bien y soñaras con llegar a ser campeón de natación en los Juegos Olímpicos, por ejemplo.

—¡Hala! Campeón olímpico, ¡qué chulo! —rio Sandro.

—Pero sería porque nadando te lo pasarías muy bien y sería un reto para ti mismo, no por la fama, ¿entiendes?

—Sí, yo me lo paso muy bien nadando, ¿me apuntarás a natación?

—A ver, Sandro, solo era un ejemplo, tú irás viendo qué te gusta de verdad y podrás soñar con lo que quieras ser, ¿vale, crac? Ahora a vestirse y a desayunar, que nos iremos a comprar. Ya que no podemos ir a la playa, pensaremos en otro plan, ¿eh?

—Vale, papi, pero el curso que viene quiero que me apuntes a natación, ¿podré, papi?

—Bueno, ya lo veremos —rio Javier ante la insistencia de su hijo, contento porque algo le hiciera ilusión, pues la muerte de su madre lo había sumido en un estado de apatía y desinterés del que justo ahora parecía empezar a salir.

Sandro había bajado considerablemente su rendimiento académico, y aunque había conseguido superar los cursos de 3.º y 4.º, había tenido bastantes dificultades: no apuntaba los deberes, se le olvidaban las libretas o no recordaba hacer los ejercicios, se despistaba en las clases y no jugaba en los recreos. Le había costado mucho volver a su actividad y ritmo habitual, estuvo en tratamiento psicológico durante más de un año, y poco a poco fue mejorando. En los últimos meses se había centrado bastante y se mostraba más sociable.

Solían desayunar en la terraza, pero el día estaba poco apetecible; había comenzado a caer una llovizna que iba abrillantando las baldosas color barro a medida que las mojaba.

Javier salió de la ducha, y en albornoz preparó en la cocina tostadas, zumo y leche, mientras Sandro, que prefería ducharse por las noches, acababa de vestirse y de hacer su cama.

Desayunaron, se lavaron los dientes y se prepararon para salir.

—Papi.

—Dime, Sandro.

—¿Puedo quedarme haciendo los cuadernillos de verano mientras tú compras?

—¿En serio?

—Sí, me han entrado ganas de hacer ejercicios. ¿Puedo?

—Vale —concedió Javier, después de valorarlo unos segundos, descolocado—. Si llaman, no contestes, como si no estuvieras: ni a la puerta ni al teléfono, ¿sí?

—Sí, papá, ya lo sé, solo puedo contestar si en la pantalla sale «papá», y a la puerta no, nada.

—Eso es —dijo con media sonrisa, entre satisfecho y extrañado—. Muy bien, Sandro, luego me enseñas los ejercicios y los corregimos.

—Vale, papuchi.

—¿Papuchi? —repitió Javier burlón haciendo cosquillas al niño.

—¡Para, papá, para! —suplicó Sandro entre carcajadas.

Al poco, cada uno se dirigió a cumplir con su tarea.

—Hasta luego, Sandro; en poco rato estoy de vuelta. —Se acercó para darle un beso y una caricia de aliento.

—Vale, papi —contestó ya enfrascado en los ejercicios de uno de los cuadernillos de refuerzo para abordar el 5.º curso. Hacía un mes, el 2 de junio, había cumplido diez años.

II

ALBA

He pasado de los cuarenta y la vida me da la mano. Todos buscamos alcanzarla, esa vida que deseamos, pero sea cual sea nuestra edad, nuestras circunstancias, nuestro entorno, la vida es hoy, cada día. Hoy puedes conocer a alguien, o terminar una relación; encontrar un trabajo ideal, o ser despedido sin ni siquiera imaginarlo; puedes reír con un chiste, desanimarte con una mala noticia, divertirte con un amigo o llorar con él, y puedes valorar lo bueno o enfangarte en lo malo. Hoy todo lo que te sucede, lo que haces, lo que sientes, lo que piensas, todo eso es tu vida. Y hoy podrías perderla, tu vida hoy podría acabar, así que sea cual sea tu camino, no dejes de soñar, de intentar hacer tus sueños realidad y de disfrutar cada segundo.

Siempre soñé con ser una gran actriz. De pequeña hacía teatro, más tarde estudié en la Escuela de Arte Dramático, y comencé a presentarme a *castings* para diversos proyectos de teatro, televisión y cine. Conseguí ir haciendo papeles, pero no lograba que me dieran el de protagonista.

Conocí a Javier hace doce años, en el rodaje de una serie nacional de once capítulos en la que yo era la tía adorada del personaje principal, una adolescente rebelde e incomprendida por sus problemáticos padres, y a la que yo ayudaba a afrontar la vida.

Estuvimos rodando durante tres meses. Él era operador de cámara. La primera vez que entablamos una conversación más allá de los habituales saludos, llevábamos un par de semanas de trabajo y estábamos en un breve descanso para tomar un tentempié. No nos daba tiempo de retirarnos al camerino y yo, aunque había hecho buenas migas con algunos compañeros, me despisté de ellos para estar a mi aire, sola; necesitaba unos minutos de meditación, pero él no podía saberlo y se acercó.

En esa primera y breve conversación se jugaron los movimientos esenciales de nuestra partida de ajedrez, una partida que duró más o menos un año y acabó en tablas; los dos perdimos y los dos ganamos.

—¿Qué tal, Alba? ¿Cansada? —me preguntó con una sonrisa.

—Un poco —contesté amigable, sonriéndole también.

—¿Te importa que me siente contigo? Tenía ganas de hablarte. Me enamoras cuando te grabo —me dijo con desenfado y, a la vez, con cierta timidez. Lo miré halagada, con esa alegría que despiertan determinadas palabras.

—¿Sí? —acerté a decir, incrédula.

—De verdad, creo que tienes algo especial. Si yo consiguiera dirigir mi propia película, me gustaría que la protagonista fueras tú. —Me brotó una risa de esas que se escapan cuando alguien toca la punta de tus sueños.

—Muchas gracias. —Le sonreí con verdadero sentimiento—. Entonces, espero que puedas hacerla pronto, porque llevo ya mucho tiempo intentando conseguir el papel de protagonista y no hay manera —dije con cierta comicidad, y reímos los dos con ganas.

—Ojalá lo consiguiera algún día. Es mi sueño.

—¡Pues a perseguirlo! —le animé.

III

UNA CARTA PECULIAR

Javier volvió a casa cargado con varias bolsas de la compra que dejó un momento en el suelo para mirar el buzón antes de coger el ascensor. Sacó varios papeles de propaganda y una carta con la dirección escrita de puño y letra, como las de antes. La observó con curiosidad; no había remitente. Comprobó que el buzón quedaba vacío, lo cerró y se dirigió hacia el ascensor. Subió los cuatro escalones que había y pulsó el botón con la nariz.

Encontró a Sandro escribiendo algo en una libreta; el niño, al verlo, se levantó y fue corriendo a abrazarlo.

—¡Hola, papi! —le dijo con alegría mientras le daba un abrazo—. Has tardado mucho.

—¡Hola, campeón! Pero si ha pasado poco más de una hora desde que me he ido; no es tanto —argumentó Javier, dejando las bolsas en el suelo para abrazarlo también—. Anda, ayúdame a guardar la compra —le pidió, y se fueron a la cocina para colocarlo todo en los armarios y en la nevera.

—Papá, aquí hay una carta —le dijo al tiempo que se la mostraba.

—¡Ah, sí! Ya no me acordaba; estaba en el buzón. Luego la abriré —contestó Javier mientras la cogía y la dejaba en una estantería del comedor. Al poco, acabaron de guardarlo todo, y Sandro salió al comedor para coger su libreta. Se sentó en el sofá y se concentró en la tarea que estaba haciendo cuando su padre llegó.

—¿Qué haces? ¿Son deberes? —le preguntó Javier, extrañado por tanta aplicación.

—No, papi, estoy escribiendo una carta a mamá. —Ante la mirada sorprendida e interrogante de su padre, el niño continuó—: Le explico el miedo que he pasado con el sueño de la hormiga y le pregunto por qué se fue sin darme la mano. —Javier mostró preocupación en su rostro—. Ya sé que no me va a contestar, pero me gusta escribirle como si estuviera —añadió el niño al verle la expresión.

—Bueno, Sandro, si eso te hace sentir bien, hazlo; es normal que eches de menos a mamá, yo también la echo de menos, anda, sigue.

—He hecho cuatro hojas del cuadernillo, pero me he cansado, y me he acordado mucho de cuando ella me ayudaba a hacerlos —comentó Sandro con gesto triste.

—Cariño, tendremos que ir acostumbrándonos a seguir los dos, ¿vale?

—Sí, papi, te quiero mucho.

—Y yo a ti, pequeño *crack*. Luego haremos juntos la comida, ¿quieres?